

demanda respetuosa atraer palabras de paz y olvido.

El feld-mariscal Paszkiewitsch presentó pues la diputación al czar, en el palacio de Lazienki; pero Nicolás, sin esperar su discurso, la dirigió estas palabras:

« Ya sé, señores, que habeis querido hablarle; hasta conozco el contenido de vuestro discurso, y para ahorraros una mentira no deseo que me le pronuncieis. Sí, señores, lo hago para ahorraros una mentira; porque sé, á no dudarlo, que vuestros sentimientos no son los que me quereis hacer creer.

« Y cómo podré yo creerlos, cuando me habeis tenido ese mismo lenguaje la víspera de la revolución? ¿No sois vosotros los que me hablabais hace como ocho años, de fidelidad, de adhesión, y que me haciais las mas brillantes protestas? Algunos días despues, habeis violado vuestros juramentos, habeis cometido acciones horribles.

« El emperador Alejandro que habia hecho por vosotros mas de lo que hubiera debido hacer un emperador de Rusia, que os ha colmado de beneficios, que os ha favorecido mas que á sus propios súbditos, y os ha hecho la nación mas floreciente y la mas dichosa, el emperador Alejandro ha sido pagado con la mas negra ingratitud.

« Jamás habeis podido estar contentos con la posición la mas ventajosa, y habeis acabado por destruir vosotros mismos vuestra propia felicidad. Os digo aquí la verdad para aclarar vuestra mutua posición, y para que sepáis bien á qué ateneros, porque os veo y os hablo por la primera vez desde las turbulencias.

« Señores, lo que se necesitan son hechos y no palabras; es preciso que el arrepentimiento parta del corazón. Os hablo sin acaloraros, bien veis que estoy sosegado; no tengo rencor, y os haré bien á despecho vuestro. El mariscal, que está aquí presente, me secunda en mis ideas, y piensa igualmente en vuestra felicidad.»

Aquí, los miembros de la dipu-

tación hicieron una reverencia al mariscal.

« ¡ Y bien! señores, prosiguió el czar, ¿ qué quieren decir esos saludos? Antes de todo, es preciso cumplir con sus deberes; es necesario conducirse como hombres de bien. Teneis que escoger, señores, entre dos partidos, ó desistir de vuestras ilusiones de una Polonia independiente, ó vivir tranquilamente y como súbditos leales bajo mi gobierno.

« Si os aferrais en conservar vuestros sueños de nacionalidad distinta, de Polonia independiente, y todas esas quimeras, no podeis menos de acarrearos grandes desgracias. He hecho construir aquí la ciudadela, y os declaro que al menor motin *haré bombardear la ciudad, destruiré Varsovia, y ciertamente que no será yo el que la levante.*

« Me es muy doloroso hablaros de esta manera; es muy sensible á un soberano tratar de este modo á sus súbditos; pero os lo digo por vuestro propio bien. En vuestras manos está, señores, el merecer el olvido de lo pasado; solo podréis obtenerle con vuestra conducta y vuestra adhesión á mi gobierno.

« No ignoro que existen correspondencias con el extranjero; que se envian aquí malos escritos, y que se procura pervertir los ánimos. Pero la mejor policía del mundo, con una frontera como la vuestra, no puede impedir las relaciones clandestinas. A vosotros toca hacer la policía, evitar el mal.

« No podeis permanecer en el buen camino sino educando bien á vuestros hijos, inculcándoles los principios de religión y fidelidad á su soberano.

« Y en medio de todas esas turbulencias que agitan á la Europa, y de todas esas doctrinas que minan el edificio social, sola la Rusia permanece fuerte é intacta.

« Créanme Vds. señores, es una verdadera felicidad pertenecer á este país y gozar de su protección. Si Vds. se conducen bien, si cumplís con vuestros deberes, mi solicitud se extenderá sobre todos vosotros, y

apesar de todo cuanto ha sucedido, mi gobierno se ocupará siempre de vuestra felicidad.

« Acordaos bien de lo que acabo de deciros.»

Este discurso ha sido juzgado hace mucho tiempo en el espíritu de la Europa, y citaremos sobre esto las palabras de un publicista distinguido.

« El tratado solemne de Viena, dice Mr. Saint-Marc Girardin, la proclama de Alejandro, su propio manifiesto al subir al trono, todo lo ha olvidado el emperador Nicolás en su discurso á los Polacos. ¡Estrano efecto de la cólera ó de una política ambiciosa! ¡ Nicolás declara á la faz de la Europa que ya no existe Polonia distinta; convida á los Polacos á abandonar esta quimera! Al oírle, los tratados no son mas que un sueño. Esta patria polaca, esta patria necesaria á la Europa, segun Alejandro, no es ya, segun Nicolás, mas que una ilusión, á la que es preciso que renuncie Varsovia... El emperador Nicolás la hará ver cómo se olvida, él que ha olvidado tan pronto los beneficios de su hermano y el testamento que le ha hecho emperador.

« Alejandro sabia resistir á los odios brutales de la Rusia contra la Polonia; Alejandro sabia moderar y contener al pueblo que gobernaba. Creia que el arte del gobierno consistia en dirigir y no en seguir, en dar el impulso y no en recibirle. Ruso, sabia sobreponerse á los rencores de la nación, y favorecia á la Polonia. ¿ Era esto una grandeza de alma imprudente? ¡ No! era una política hábil y prudente, la política de un hombre que concebía de una manera á la vez justa y sublime el destino mutuo de la Polonia y de la Rusia. Colocada mas adelante de la Rusia del lado de la Europa, la Polonia debia poner al imperio ruso en una nueva comunicacion con la civilización europea; este era un acceso abierto á las ciencias y á las luces del Occidente. Era un grado intermediario de civilización entre la Rusia y el Occidente. He aquí lo que podia y debia ser la Polonia unida á la Rusia; mas para esto, era preci-

so que la Polonia fuese gobernada con dulzura, y que ella viesse en la Rusia una hermana y no una dueña opresora y cruel. Para esto, era necesario complacer á la Polonia y no irritarla. Esto es lo que no ha podido comprender el emperador Nicolás. Ruso, no ha sabido mas que participar de los rencores de su nación con respecto á la antigua rival, y desviándose de su benevolencia política que Alejandro manifestaba á la Polonia, ha perseguido y oprimido. De aquí, la insurrección de 1830. En el día no comprende mejor los nobles designios y los altos pensamientos de su hermano, el reconocimiento mismo, que debería esplicárselos, ó por lo menos hacérselos respetar, el reconocimiento ha enmudecido, y grita colérico que Alejandro ha hecho por la Polonia mas que lo que un Ruso hubiera debido hacer. Sí, mas que un Ruso, pero no mas que un emperador que se halla penetrado de su misión, que sobrepuja á su pueblo no solamente de toda la grandeza de su poder, sino tambien de toda la altura de su inteligencia y de su carácter, que modera, dirige, y hace su oficio de rey.»

Como corolario de este lenguaje, dictado al publicista francés por la equidad y un sentimiento profundo de los derechos de las naciones, añadimos las palabras de un escritor alemán que nos ha servido de guía muy á menudo.

« Mientras que la diplomacia, dice Mr. de Raumer, emprende, por una grosera contradicción, probar la justicia y la indispensable necesidad de una disolución de la Polonia, y que los Rusos sostienen, con razon, que una mala causa está perdida para siempre, los Polacos esclaman: *¡ Todo está perdido, menos el honor!* Pero si las dos partes escuchaban el consejo del espectador desinteresado, aprenderian que los pueblos y los reyes espian igualmente sus faltas, como asimismo las de sus antepasados, y que el triunfo mas glorioso puede muy bien ser seguido de dolores amargos, lo mismo que en el mas cruel desastre, hay todavía nobles consuelos. Solo cuan-



do se desarrolle este doble sentimiento en las dos naciones rivales, es cuando se podrá esperar una reconciliación verdadera y la resurrección de la Polonia. De otro modo, los Rusos no recojerán sobre las ruinas de la destrucción más que flores funerarias para trenzar sus coronas triunfales, y el aire apestado que sopla el odio de los sepulcros infectará durante siglos enteros esta desgraciada comarca.

Esperando mejores tiempos, los refugiados polacos que representan en el día su patria en el extranjero, como lo hacían, al principio de este siglo, las lejonas polacas, celebran todos los años con un piadoso recogimiento el día del aniversario de la revolución del 29 de noviembre de 1830. En Londres, S. A. R. el duque de Sussex, tío de la reina de Inglaterra, ha presidido el último *meeting* polaco. En París, estas funciones fueron primeramente llenadas por el general Lafayette, á quien reemplazó, después de su muerte, Mr. el conde de Lasteyrie; y en el mismo instante en que acabamos este trabajo, los refugiados se hallan todavía poseídos de las elocuentes palabras que Mr. Arago, presidente de la reunión general de este año, juntamente con el palatino Antonio Ostrowski y el príncipe Adam Czartoryski, presidente de la sociedad literaria polaca de París, han hecho resonar en todos los corazones polacos.

Todos los años, á la apertura de la sesión, las cámaras francesas renuevan sus protestas contra la destrucción de la antigua nacionalidad polaca, y estimulan al gobierno para que reclame la ejecución de los tratados que le han garantizado.

Entre los defensores más perseverantes de esta causa sagrada, se cuentan MM. Villemain, de Tascher, d'Harcourt, de Montalembert, Bigon, de Tracy, Odilon-Barrot, quienes, sea por sus discursos, sea por sus escritos, espresan en todas ocasiones sus votos jenerosos.

«La Polonia, ha dicho Mr. de Montalembert, ocupa desde mucho tiempo el primer rango entre los pue-

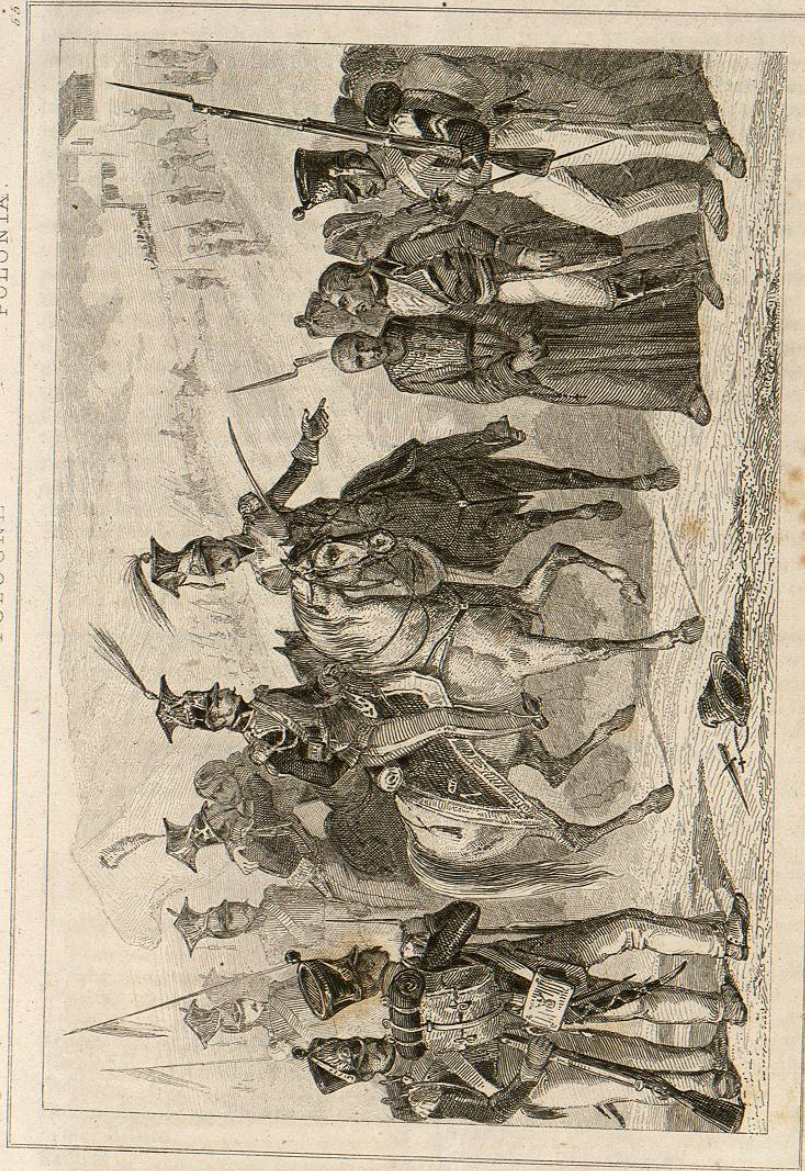
blos víctimas. Ella ha sufrido siempre, y siempre persiste en sufrir. Siempre invadida, devastada, vendida, no ha dejado por eso de echar el guante á sus opresores, y marcha con el pecho descubierto contra ellos. La resignación á esta alta, pero dura misión, está marcada en su historia, en sus tradiciones, en sus costumbres, en toda su existencia nacional, desde el sensible sacrificio de la reina Hedvija hasta los sacrificios heroicos de Sobieski por la ingrata Austria y de las lejonas por la Francia. El sacrificio ha sido su vida, su oficio, y por decirlo así, su industria; con este pan se ha alimentado, y nada anuncia que se halle harta. Sus esforzados antepasados no construían palacios indestructibles como los nuestros; no habitaban más que casas de madera, á fin de abandonarlas y dejarlas quemar sin pesadumbre cuando el servicio de la patria les alejaba de ellas. Sus embajadores se arruinaban enteramente en el extranjero, no queriendo ni empobrecer el tesoro, ni dejar que nadie eclipsase el brillo del nombre polaco. Sus presupuestos eran votados con entusiasmo, y sus impuestos se llamaban *socorros de amor* (*subsidiium charitativum*).

«Todas sus antiguas riquezas, toda su fuerza primitiva las posee todavía; sus hijos desterrados, como igualmente sus hijos esclavos, han heredado un doble tesoro; el espíritu del sacrificio y el espíritu de la fe. ¿Qué no puede esperarse con semejante herencia? ¿Cuánto puede conquistarse?

«¿No es por ventura la fe la que da y vuelve á dar la vida? ¿no es el sacrificio el que la alimenta? Por medio de esta fe inalterable en su causa, desbaratarán todas las intrigas de sus adversarios secretos, como han arrostrado todas las atrocidades de su tirano. Por esta heroica manía de sacrificarlo todo por ella, la aseguran una duración eterna, una fecundidad inalterable. El doble carácter que reconocemos en ellos no es una ilusión. ¿Dudáis de su adhesión? Pues buscad entre es-

POLONIA.

POLOGNE.



Los Polacos en Somo-Sierra.

Lemaitre del.  
Goussier sculp.



tos refugiados que lo han perdido todo por la patria, bienes, hogares, dignidades, salud, mujeres, hijos; todo cuanto el hombre tiene derecho y necesidad de defender y amar; buscad uno solo que no se halle pronto á volver á principiar mañana, y esto sin titubear, sin pesadumbre, hasta sin sorpresa. Estos hombres solo se asombran de una cosa, y es que nosotros estemos asombrados de su adhesion.

«¿Dudais de su fe? Pues he aquí cuarenta años que vienen entre nosotros á enseñarnos sus heridas y los pedazos de su cadena. ¿Os han manifestado jamás la menor apariencia de abatimiento? ¿han dejado jamás de creer en la libertad de su país, en el castigo de sus opresores, en la tarde, pero segura justicia, del cielo? Cuando, dejando lejos de ellos la patria y unidos á nuestros ejércitos republicanos, les ayudaron á conquistar la Italia, su pecho inflamado dejaba escapar este canto célebre: *No, la Polonia no ha perecido pues-*

*to que vivimos todavía.* Los primeros que le cantaron han muerto ya, muerto por nosotros, al pié de las Pirámides ó en las playas de Santo Domingo: pero el canto, y el alma que le dicta, y la fe que le inspira, han sobrevivido, y sus hijos le repiten todos los días; y llegará un día, si place al cielo, en que le repetirán todavía otra vez sobre las orillas del Vístula conquistadas.

«El triunfo de la Polonia será el triunfo de la libertad y de la justicia: luego, la justicia y la libertad son las hijas mayores de Dios.»

Pocos de nosotros verán tal vez el día de la reparacion, porque aun existen muchos obstáculos contra la resurreccion de la Polonia durante muchos años todavía; pero no hay ninguno entre los muchos que sufren en este momento en el desierto, que no esté íntimamente convencido que revivirá la Polonia, brillante y radiosa, y esta vez para siempre.

Paris, 1.º de enero de 1840.

FIN.

## TABLA

Ó INDICES DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LA POLONIA.

LA ANTIGUA POLONIA.

800-1796.

Introduccion . . . . .	1	PRIMERA ÉPOCA.	
Descripcion jeográfica . . . . .	5	<i>La Polonia conquistadora.</i>	
Superficie y producciones naturales . . . . .	id.	860-1139.	
Clima . . . . .	10	Introduccion á la historia . . . . .	29
Ciudades . . . . .	id.	Fundacion de la monarquía polaca.—Ziemowit. Miecislao I . . . . .	30
Poblacion . . . . .	17	Introduccion del cristianismo . . . . .	id.
Representacion nacional . . . . .	20	Congreso de Quedlinburgo . . . . .	31
Eleccion de los reyes . . . . .	id.	Boleslao el Grande . . . . .	id.
Gobierno . . . . .	21	Guerras y conquistas . . . . .	32
Dominacion de los Polacos en el mar Báltico . . . . .	23	Organizacion interior . . . . .	33
Religion . . . . .	24	Coronacion del primer rey . . . . .	id.
		Miecislao II . . . . .	34
HISTORIA DE LA ANTIGUA POLONIA.		Revolucion y anarquía . . . . .	id.
Períodos de la historia . . . . .	28	Casimiro I . . . . .	35
		Boleslao II el Atrevido . . . . .	id.